

El viaje como laboratorio intercultural. Viajeros británicos y españoles en el siglo XVIII¹.

The travel as an intercultural laboratory. British and Spanish travellers in the Eighteenth Century.

Gloria Franco Rubio.

Universidad Complutense.

gafranco@ghis.ucm.es

Resumen: Como instrumento de medición de las transferencias culturales, el viaje es un instrumento de conocimiento, interpretación y juicio de otras realidades sociales, pero también de influencias, de trasvases, de interferencias y de desplazamientos culturales. Puede servir para conocer las manifestaciones de otras tradiciones, ajenas o extrañas a la propia identidad, para comprobar la existencia de la alteridad, para constatar el carácter plural de la cultura o la multiculturalidad; incluso para contribuir al relativismo cultural pudiendo convertirse en vehículos de progreso material y social. Cualquier tipo de viaje supone una ampliación del horizonte personal que, junto al consiguiente proceso de maduración personal, desemboca en el enriquecimiento del bagaje cultural y humano gracias a las experiencias tan significativas que podían aportar a la personalidad de un individuo, en tanto que camino de conocimiento y de formación. El impacto de las impresiones percibidas por el viajero, junto a la diversidad de sus reacciones producen una secuencia de sensaciones que van a ir modulando sus sentimientos hasta el punto de permitir el trasvase cultural entre las dos tradiciones en contacto.

Palabras clave: Viaje, transferencias culturales, sensaciones, sentimientos, sociabilidad.

Abstract: The measurement instrument of cultural transfers, travel is an instrument of knowledge, interpretation and opinion of other social realities, but also influences,

¹ El presente trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación I+D HAR2008-06131-C02-01/HIST, titulado "Privacidad y sociabilidad en la vida cotidiana. Ámbito doméstico y espacio público en el Antiguo Régimen. Madrid y la España interior". Ministerio de Ciencia e Innovación.

transfers, interference and cultural displacement. Should provide insight into the manifestations of other traditions, other people from their own identity, to verify the existence of otherness, to assess the pluralistic nature of culture and multiculturalism, even to contribute to cultural relativism can become vehicles of material progress and social. Any type of trip is an extension of the personal horizon, with the consequent process of personal maturation, results in the enrichment of the cultural background and human through the experiences so significant that could contribute to the personality of an individual, as a way of knowledge and training. The impact of impressions received by the traveler, with the diversity of their reactions produce a sequence of sensations that are going to go modulating their feelings to the point of allowing cultural exchange between the two traditions in touch.

Key words: Travel, travelers, cultural transfers, sensations, feelings, sociability.

“Cuando se observan de cerca las naciones, aun aquellas que, no sin motivo son admiradas, ¡cuánta consolación ofrecen a los errores y defectos de las demás!².

El viaje: cadencia de sensaciones y modulación de sentimientos.-

Aunque a primera vista pueda parecer que la temática sobre los viajes y sobre los relatos que difunden los viajeros está demasiado manida, la complejidad de los planteamientos con que puede ser abordado su estudio le prestan una especial relevancia y, en este sentido, nuestra orientación surge a partir de la consideración de la empresa viajera, y de todo lo que ella comporta, como un instrumento de experimentación, de observación y de medición de las transferencias culturales. El viaje constituye una vía de conocimiento, de interpretación y de juicio de otras realidades sociales, pero también de influencias mutuas, de trasvases, de interferencias y de desplazamientos culturales. Puede servir para conocer las manifestaciones de otras tradiciones, ajenas o extrañas a la propia identidad, para comprobar la existencia de la alteridad, o para constatar el carácter plural de la cultura y hasta de la multiculturalidad; está en la base del proceso de construcción de perspectivas basadas en el relativismo cultural pudiendo convertirse

² Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* (1792). Barcelona. Bruguera, 1984. Cuaderno I, Apunte XIX, p. 36.

en vehículos de progreso material y social, como podemos inferir de las palabras de Leandro Fernández de Moratín que encabezan el artículo. Tiene una importante dimensión personal al reflejar las vivencias experimentadas por un individuo a lo largo de un itinerario concreto, en un tiempo y en un espacio determinados; una fenomenología de sobra conocida por las sociedades europeas del siglo XVIII que institucionalizaron lo que darían en denominar el *Gran Tour*, un viaje que podríamos considerar "iniciático" alrededor de las distintas naciones europeas que ofrecía la oportunidad de conocer, y mostrar, otros lugares y otras gentes. Supone una ampliación del horizonte individual que, junto al consiguiente proceso de maduración personal, desemboca en el enriquecimiento del acervo cultural y humano gracias a las experiencias tan significativas que podían aportar a la personalidad de un individuo, en tanto que camino de conocimiento y de formación. El impacto de las impresiones percibidas por el viajero, junto a la diversidad de sus reacciones producen una secuencia de sensaciones y sentimientos que van a ir modulando sus pensamientos hasta el punto de permitir el trasvase cultural entre las dos tradiciones en contacto.

Del mismo modo, conviene señalar que también posee una importante significación colectiva por cuanto pone de relieve los elementos diferenciales de cada tradición cultural, colocándolos en estrecha conexión como partes de un universo que suelen tener en común muchos más aspectos de los que pueda parecer a simple vista; de esta manera es factible superar la visión de las culturas nacionales como compartimentos estancos o poco permeables, cuando no reticentes, a las influencias foráneas y a los intercambios culturales. Entrar en contacto con países donde habitaban otros grupos humanos con tantas similitudes en multitud de aspectos, como diferencias, significaba observar sus costumbres y hábitos sociales, su legislación y prácticas políticas, sus conocimientos y formas culturales así como otros estilos de vida y de habitar las casas, de vestirse y de alimentarse, de trabajar en los diversos sectores productivos o, simplemente, de divertirse con los múltiples entretenimientos y así tener un elemento referencial que pudiera servir de baremo comparativo frente a todos los que formaban parte de su propia identidad nacional.

El viaje en sí mismo, como empresa planificada o como aventura azarosa, entraña un cúmulo de vivencias que irá reportando al viajero numerosas y a menudo, encontradas sensaciones, desde la sorpresa a la adaptación, o desde la admiración al rechazo. Todas ellas consolidan el propio bagaje cultural como en un baile de espejos de

doble dirección; movimiento dual que, por un lado, refleja las imágenes que proyecta el propio yo del visitante en los demás, no solo como individuo particular sino también en representación del colectivo nacional de pertenencia, mientras que, por otro, exhibe las que capta su propia retina en tanto que analista de la realidad observada. Miradas propias frente a miradas ajenas, confrontadas, comparadas, a menudo inmersas en contradicciones; unas veces son aprobatorias, otras descalificadoras, pero saben captar la idiosincrasia de una sociedad, poniendo de manifiesto los mil y un detalles de una colectividad social en un espacio y en un tiempo delimitados.

Todas las colectividades humanas, a lo largo de la historia, han experimentado la aventura de viajar, y han sido testigos de actividades viajeras, haya sido en solitario o en grupo, provocando influencias culturales que han sido clave, en momentos cruciales, para entender los avances y el progreso como motor de innovación y de cambio; sin embargo, en el siglo XVIII, adquiere una mayor transcendencia al convertirse en un intercambio cultural más o menos institucionalizado, con un componente pedagógico y político al mismo tiempo. Más allá de la experiencia viajera entendida como elemento de enriquecimiento personal, tal y como venía siendo utilizada por los jóvenes de la aristocracia y de la burguesía, en el pensamiento ilustrado se convierte, también, en un instrumento más al servicio del estado. La novedad estriba en que a partir de ahora se puede viajar con un objetivo concreto que pueda revertir en beneficio del país, ya se trate de observar experiencias económicas y políticas -caso de Ricardo Ward- de conocer sus progresos científicos, de aumentar conocimientos, como los estudiantes del Seminario de Vergara enviados a Francia o, simplemente, de estar en consonancia con las formas de vida más dinámicas y novedosas de la Europa del Setecientos³. Clavijo y Fajardo lo comentaba con gran lucidez en las páginas de *El Pensador* en los años sesenta: "un hombre que hubiera viajado de esta manera puede ser de grande utilidad en la República (...) compara lo que ha visto fuera con lo que se practica en su país; ve lo que le falta y lo que le sobra; toma de cada pueblo lo que le parece más digno de ser

³ Alvaro CHAPARRO SAINZ, *La formación de las élites ilustradas vascas: el Real Seminario de Vergara (1776-1804)*. Tesis Doctoral leída en la UPV en enero de 2010. Antonio GARCIA BELMAR y José R. BERTOMEU SANCHEZ, "Viajes a Francia para el estudio de la química, 1770-1833". *Asklepio*. 53-1 (2001), pp. 95-139. José Luis RAMOS GOROSTIZA, "La imagen económica de la España de Carlos III: Joseph Townsend, Alexander Jardine y los economistas españoles". *Revista de Historia Económica*. 24-1 (2006), pp. 139-174.

imitado y más análogo al genio de sus compatriotas y acierta mejor con los métodos que han de conducir a una reforma que introduzca lo que falte y destierre lo que dañe"⁴.

Años más tarde Antonio Ponz se manifestará en la misma línea que el clarividente diarista, tras haber pasado por la experiencia de desplazarse y recorrer varios países europeos; así lo deja patente por escrito en el prólogo de su *Viaje fuera de España*, publicado en 1792, donde recomendaba viajar a la juventud española con las siguientes palabras: "Viajad, dejad vuestra patria por algún tiempo, y examinad los demás países; más no la dejéis en la primera edad, que os seducirán fuera de ella los placeres, y os pervertirán los malos libros y peores ejemplos. Viajad en aquella edad en que ya formado el juicio, ilustrado el entendimiento, y rectificada la razón, ve, examina y compara (...) Así volveréis ilustrados con nuevos conocimientos: no preferiréis todas nuestras cosas a la ajenas, ni todas las ajenas a las nuestras; daréis el justo valor a cada una, y sabiendo discernir y apreciar lo que lo merece, sabréis enmendar, mejorar o establecer lo que lo necesite el día que quiera el cielo destinaros al manejo de los negocios, y ponga en vuestras manos las riendas del gobierno, o el mando de los ejércitos"⁵. Esa misma impresión ya había sido manifestada por Jardine en una de sus cartas al escribir "me inclino a creer que solo mediante el trato recíproco pueden las naciones mejorar, y que incluso nuestros más ociosos y desmedrados viajeros regresan generalmente de sus viajes con más provecho que escarmiento"⁶.

Los relatos de viajes son todo un filón de estudio para los historiadores que los han convertido en una excelente fuente para cotejar tanto las costumbres y hábitos sociales como las actividades cotidianas y formas de vida en la Europa de las décadas finales del Antiguo Régimen⁷. Generalmente el *Gran Tour* no contemplaba la visita a la península

⁴ *El Pensador*. Madrid, 1762, pp. 161-164.

⁵ Antonio PONZ, *Viage fuera de España*. Madrid. Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1792. Segunda impresión, p. xxvii.

⁶ Alexandre JARDINE: *Cartas de España*. Cit. por Ian ROBERTSON, *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*. Barcelona. Ediciones del Serbal, 1988, p. 131.

⁷ Pedro ALVAREZ DE MIRANDA, "Sobre viajes y relatos de viajes en el siglo XVIII español". *Compás de letras*. 7 (diciembre 1995), pp. 97-122. William BECKFORD, *Un inglés en la España de Godoy (Cartas españolas)*. Madrid. Taurus, 1966. Mónica BOLUFER, "Civilización, costumbres y política en la literatura de viajes a España en el siglo XVIII". *Estudis*. 29 (2003), pp. 255-300. José M^a BLANCO WHITE, *Cartas de Inglaterra*. Madrid. Alianza, 1989. Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Apuntaciones sueltas de Inglaterra* (1792). Barcelona. Bruguera, 1984. Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Epistolario*. Edición, Introducción y notas de René ANDIOC. Madrid. Castalia, 1973. Consol FREIXA, *Los ingleses y el arte de viajar. Una visión de las ciudades españolas en el siglo XVIII*. Barcelona. Ediciones del Serbal, 1993. José GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid. Aguilar, 1962. Tomo III, Siglo XVIII. Carlos GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, *Bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XVIII)*. Madrid. Ollero y Ramos, 2000. Gaspar

ibérica; la monarquía española tenía muy poco atractivo a los ojos de los europeos debido a su consideración de país atrasado económicamente, con un escaso desarrollo cultural y el predominio de un clero fanático; para colmo, además, ofrecía una deficiente infraestructura para viajar, tanto en posadas como en caminos y transportes, lo que añadía un nuevo elemento disuasorio para ser visitada. “Ojalá hubiera usted permanecido más tiempo en España –escribía el doctor Johnson a Joseph Baretti en 1761- pues no hay país menos conocido en el resto de Europa que éste”⁸. No obstante, el rico patrimonio artístico y el pasado histórico musulmán invertían la balanza ante la curiosidad, haciendo que ciertos personajes se aventurasen a recorrerlo como Henry Swinburne quien, al partir hacia España expuso su verdadera intención: “sentía el vivo deseo de seguir una ruta casi desconocida por los viajeros, a fin de esclarecer la medida en que puede darse crédito a los relatos ya publicados”⁹. En este caso, la curiosidad intelectual que le motivaba era tan acorde a los principios racionalistas, que no se sentiría satisfecha hasta haber comprobado, por sí mismo, la experiencia de trabar conocimiento y contacto real con la sociedad visitada. Esa actitud abierta hizo que algunos de esos “turistas”, a su regreso, desmontaran tópicos y prejuicios ya que, ante el asombro de sus compatriotas, comentarían no solo el hecho de no haber quedado defraudados, sino también las cosas dignas de admirar que habían tenido ocasión de conocer.

Cuando Swinburne se hallaba en tierras catalanas tuvo ocasión de observar la laboriosidad de sus habitantes, lo que contradecía el supuesto desprecio de los españoles

GOMEZ DE LA SERNA, *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid. Alianza, 1974. Ana Clara GUERRERO, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid. Aguilar, 1990. Alexander JARDINE, *Cartas de España*. Alicante. Publicaciones de las Universidad, 2001. Consuelo MAQUEDA ABREU, *La Monarquía de España y sus visitantes: siglos XVI al XIX*. Madrid. Editorial Dykinson, 2007. Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland 1793-1840*. Madrid. Congreso de los Diputados, 1997. José F. PÉREZ BERENGUER, “Las fuentes principales de los Viajes por España (1779) de Henry Swinburne”. *Hispania*. Volumen LXIX (2009), 231, enero-abril, pp. 67-86. M^a de los Angeles PEREZ SAMPER, “Espacios y prácticas de sociabilidad en el siglo XVIII: Tertulias, refrescos y cafés de Barcelona”. *Cuadernos de Historia Moderna*. 26 (2001), pp. 11-55. Antonio PONZ, *Viage fuera de España*. Madrid. Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1792. Ian ROBERTSON, *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España, 1760-1855*. Madrid. Editora Nacional, 1976. Leonardo ROMERO TOBAR y Patricia ALMARCEGUI (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Madrid. Akal, 2005. Richard TWISS, *Viaje por España*. Madrid. Cátedra, 1999. Charles Richard VAUGHAN, *Viaje por España (1808)*. Madrid. Ediciones de la Universidad Autónoma, 1987. Juan F. VILLAR DÉGANO, “Paraliteratura y libros de viajes”. *Compás de letras*. 7 (diciembre 1995), pp. 15-32.

⁸ Josep BARETTI, *A Journey from London to Geneva through England, Spain and France (1760; 1768-1769)*. Citado por Ian ROBERTSON, opus cit., p. 15.

⁹ Henry SWINBURNE, *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*. London, 1779. Citado por Ian ROBERTSON, opus cit., p. 96.

hacia el trabajo, -uno de los tópicos mas generalizados sobre el carácter español en toda Europa. Esa constatación le llevó a escribir que “el influjo de extranjeros, desarrollo del comercio y protección a las artes liberales, comienzan a ensanchar la inteligencia de estas gentes, que en tiempos recientes han dado grandes pasos en el camino del conocimiento y de la filosofía”¹⁰. Parece haberse convencido de que la tradicional pereza atribuida a los españoles no era innata sino debida a la falta de estímulos y a una política inadecuada, llegando a la siguiente conclusión: “si una administración imaginativa e inteligente pudiera de nuevo desplegar ante sus ojos, con claridad y persuasión, los incentivos adecuados para moverles a la actividad y al trabajo, los españoles podrían despertar de su letargo y ser encaminados hacia el bienestar y renombre”¹¹. Twiss, a su vuelta, anotó que su estancia en España había sido “el más agradable e instructivo de mis viajes”¹². Jardine, que había estado muy predispuesto hacia los españoles desde el principio y que compartía con otros visitantes la simpatía hacia España, meditando sobre este hecho y sus posibles causas, elaboró esta especie de sentencia: “la apasionante predilección por este país, que puede observarse, particularmente en muchos ingleses, pudiera ser debida a una simpatía secreta y una similitud de carácter y gustos (...) y una parecida mentalidad en muchas cosas son evidentes, y bien pudieran contribuir al desarrollo de esta especie de unión mental”¹³.

El respeto hacia algunos rasgos de los españoles como la amabilidad o la civilidad, también fue puesto de relieve por otros viajeros. Al respecto Southey escribió “me place la familiaridad de la gente de estos lugares. Nos tratan con desenvoltura, y no con esa incómoda y callada sumisión que ningún ser humano debiera mostrar a otro”, hasta el punto de que hasta las personas más humildes “se dirigen a nosotros con cortesía y esperan lo propio de nosotros”¹⁴. Incluso el tópico de los españoles como indiferentes ante los asuntos públicos parece venirse abajo si hacemos caso a las palabras de E. Clarke “los españoles sienten una inclinación natural por la política; comprenden y estudian a fondo los intereses de su país, incluso el más rústico de los aldeanos de vez en cuando hace reflexiones sobre los asuntos públicos que no estaría fuera de lugar en

¹⁰ *Ibíd.*, p. 100.

¹¹ *Ibíd.*, p. 114.

¹² Richard TWISS, *opus cit.* Citado por Consol FREIXA, *opus cit.*, p. 81.

¹³ Alexander JARDINE, *Cartas de España*. Citado por Ian ROBERTSON, *opus cit.*, p. 131.

¹⁴ Robert SOUTHEY, *Letters written during a short Residence in Spain and Portugal*, cit. por Ian ROBERTSON, *opus cit.*, p. 158.

boca de un senador en las Cortes”¹⁵. William Beckford en una carta escrita el martes once de diciembre de 1787 narra su llegada al pueblo de Navalcarnero, donde fue a alojarse a casa de un tal Bernardo, al que describe como “hombre aficionadísimo a la música” ya que en la estancia que puso a su disposición había dos clavicordios. Pero lo que más le sorprendió de su anfitrión fue el interés que podía tener un español como él por los sucesos que estaban ocurriendo en el mundo ya que le formuló varias preguntas por la situación en Inglaterra ante la rebelión de las colonias norteamericanas¹⁶.

Junto a las reacciones de los viajeros ingleses se han intercalado las opiniones de algunos españoles que tuvieron la oportunidad de viajar a la nación británica en esa misma época y, por lo tanto, cabe deducir que también ellos experimentarían, por sí mismos, parecidas sensaciones. De esta manera podremos tener elementos de valoración para contrastar sus impresiones y poder sopesar hasta qué punto puede darse esas transferencias de una cultura a otra. Por parte de los primeros nos encontramos ante unos recorridos amplios en el espacio, puesto que abarcaban prácticamente la totalidad del territorio peninsular, y variables en el tiempo ya que están referidos a estancias de distinta duración, lo que no obsta para que les llevara a detenerse y, a veces, a permanecer durante días en una variada gama de poblaciones, algunas urbanas, otras rurales, ciudades medianas o pueblos pequeños, de las distintas regiones españolas; los españoles, por el contrario realizan un itinerario mucho más limitado haciendo, casi siempre, de Londres su centro de operaciones. En ambos casos, fueron testigos presenciales de una sociedad que les pareció, al primer golpe de vista, muy distinta a la que estaban acostumbrados a observar en su propio país, pero que se iría asemejando a ella cada vez más conforme iba siendo conocida; en todo caso, fue deparándoles una serie de impresiones y de sensaciones que intentarían transmitir al resto de sus paisanos, y al conjunto de la sociedad por la vía de la escritura, ya fuera mediante el género de las memorias, de la correspondencia o de los relatos de viajes. En sus escritos puede seguirse el ritmo y la cadencia con que fueron emitiendo sus opiniones, vivencias y reflexiones de todo tipo; como le sucedía a los británicos, entre los españoles podemos percibir actitudes contradictorias y hasta paradójicas ya que la realidad que se encuentran es muy diferente a las ideas preexistentes con que ellos habían iniciado su visita, tanto en lo que concierne a las personas como a las ciudades.

¹⁵ Arthur CLARKE, *Letters concerning The Spanish Nation*. 1763. Cit. en Ian ROBERTSON, opus cit., p. 43.

¹⁶ William BECKFORD, Opus cit., Carta Sexta, p. 85.

Indudablemente, el análisis obtenido en el primer nivel de lectura de estos relatos da prioridad a la realidad observada por el ojo curioso, pero si subimos un escalón en el nivel de indagación podemos descubrir cómo en sus descripciones, de alguna manera, se entrecruzan las observaciones sobre el imaginario del país visitado con el suyo propio de manera que uno de los aspectos más interesantes es la contrastación, más o menos velada, entre la cultura española y la cultura británica desde un punto de vista socio-cultural, así como las posibles transferencias que en ese terreno pudieron realizarse entre los habitantes de los dos países. No obstante, antes de entrar a hacer ese análisis en profundidad desde las temáticas variadas sobre las que gira nuestro estudio, es necesario realizar algunas precisiones metodológicas sobre las variables a tener en cuenta para acercarnos, de la manera más aproximada posible, a lo que sintieron, pensaron y observaron los viajeros británicos en sus desplazamientos por el territorio peninsular, y los españoles en su visita a tierras de aquéllos.

En efecto, entender el fenómeno del viaje en toda su extensión requiere tener en cuenta el amplio abanico existente, ya que no todos responden a los mismos presupuestos, objetivos, intencionalidad o resultados. Según la tipología clásica, en la centuria ilustrada encontramos varios tipos de viaje; el clásico, que busca en el arte y en los testimonios arqueológicos el conocimiento de la historia y del pasado de un país; el ilustrado que tiene un componente pedagógico al considerarlo una empresa didáctica; o el pintoresco, que busca aquellos rasgos peculiares de un país, que se nutre de tópicos que se han ido perpetuando en el imaginario y que, a veces, ni siquiera eran contrastados con la realidad sino que fueron renovados periódicamente por voces más o menos autorizadas. También hay que señalar los viajes económicos, los de carácter científico, los literarios, los políticos y sociológicos, los que se hacen por imperativos laborales, por necesidad, por salud o por placer. Baretto parece haber captado esos elementos sociológicos cuando explicaba que España “rebosa de improvisados cantores o poetas, o lo que quiera llamárseles” (...) “esas peculiaridades locales deben ser objeto principal del interés del viajero”¹⁷. El componente pedagógico y el carácter didáctico de la empresa viajera es el leit-motiv de la mayoría de los que se disponen a emprender el viaje.

Otro plano que conviene resaltar es la consideración del autor del relato como sujeto histórico activo así como las circunstancias personales que le rodean, desde su

¹⁷ Joseph BARETTI, citado por Ian ROBERTSON, pp. 62-63.

procedencia social, dedicación y ejercicio profesional, hasta su ideología, incluida la religiosa; todas ellas son clave a la hora de comprender los objetivos que se habían marcado al disponer su viaje al país elegido. Esto facilitaría poder contextualizar sus opiniones sobre todo aquello que iban viendo, ya fuera personas, ya fuera edificios artísticos, institucionales y religiosos, ya fuera conglomerados urbanos, o usos cotidianos de tradición nacional. Hay que indagar sobre la intencionalidad que mueve al viajero, que depende de la personalidad específica del sujeto que se dispone a viajar, de sus prejuicios y conocimientos; de las condiciones, objetivas y subjetivas, que mediatizan el viaje en su duración, recorrido, compañía, selección de objetivos a visitar, o medios de desplazamiento; de si responde a motivaciones personales, como expresión de un deseo de experiencia vital, de curiosidad ante lo desconocido, espíritu de aventura, seguimiento de una moda, búsqueda de fama y notoriedad; si se debe, más bien, a motivaciones laborales como cuando se trata del desempeño de un cargo, caso del personal diplomático, de los militares, de los comerciantes y hombres de negocios, o de viajes por encargo, en función del dirigismo político. El hecho de que los viajeros a que vamos a referirnos desempeñen todo tipo de profesiones y pertenezcan a todos los grupos sociales -Towsend es médico, Swinburne es un aristócrata, Dalrymple era un militar destacado en Gibraltar, Jardine era cónsul, Twiss y Beckford se dedicaban al comercio, Clarke era capellán...- refleja hasta qué punto, en esta época, el viaje tuvo un carácter socializador. Aunque la forma del registro de sus impresiones tiene un carácter privado, al adoptar la forma de diarios o de cartas y, sobre todo, el hecho de que estuvieran pensadas para ser difundidas elimina la presunta privacidad convirtiéndolas en testimonios públicos y, por lo tanto, fuente útil a los historiadores.

El objeto de atención, de observación y de comentario sobre el que posan su vista no siempre está sometido a una finalidad subyacente sino que el propio azar juega mucho en su favor, con resultados diversos y absolutamente polivalentes. La mirada del visitante no es nunca estática sino mudable; sometida a posibles influencias, a menudo observa y percibe de manera desigual. En ocasiones su ojeada ni siquiera es nítida, sino difusa o distorsionada, lo que le permite captar unas impresiones que irá desgranando poco a poco mezcladas con reflexiones personales que desembocan en unas descripciones sobre los otros -sobre el fenómeno de la alteridad, tamizado en este caso por la distinta identidad nacional- marcadas por la complejidad, lo que aportará riqueza a las conclusiones, y hasta contradicciones con los tópicos al uso. Tomemos como

ejemplo de ello a Edward Clarke, quien venía con la sensación de que los españoles solían ser poco comunicativos con los extranjeros pero cuando les conoció, cambió de opinión escribiendo: ...“en cuanto se les conoce y se llega a su intimidad, no hay en el mundo seres más francos, amigables y comunicativos. Nadie les gana en amistosa fidelidad, una vez se declaran como amigos, e inversamente, si bien perseveran con fidelidad y cuidado en sus amistades, de igual suerte se les encontrará apasionados, implacables y sin desmayo en sus resentimientos”¹⁸. Algo similar parece haberle ocurrido a William Beckford a su llegada a Madrid, ciudad de la que debía tener una imagen muy negativa, y que ahora corrige, según podemos traslucir de una carta escrita el once de diciembre de 1787 donde se refería al trazado urbanístico y a la calzada resaltando el "esmerado adoquinado de las calles, la altura de las casas y la alegre abundancia de las calles me sorprendieron. Al entrar por la calle de Alcalá, noble vía más ancha que ninguna calle de Londres, mi sorpresa fue aún mayor. Varios magníficos palacios y conventos la adornan a ambos lados. (...) Fui paseando hasta el Prado y quedé impresionadísimo por lo espacioso que es el paseo principal, la longitud de las avenidas y la majestuosidad de las fuentes”¹⁹.

La cultura nunca es neutra, siempre posee una fuerte carga ideológica que hay que descifrar para interpretar presuntos prejuicios o descalificaciones, hayan sido deslizados consciente o inconscientemente, máxime cuando han sido vertidos sobre los "otros". En este sentido, la fidelidad a lo observado en la descripción del viajero puede servir para evitar caer en tópicos trasnochados que nada tenían que ver con la realidad. Blanco White, cuando en los años veinte del siglo XIX se disponía a escribir sus *Cartas* quiso familiarizar al lector inglés con los relatos de viajeros realizados por sus compatriotas a España y, del conjunto, eligió el texto de Townsend, al que elogia por su imparcialidad, frente a aquellos otros que pecaban, precisamente, de lo contrario; de manera que, en su *Carta primera* escribe “Pocos viajeros pueden igualarse a su compatriota Townsend tanto por la objetividad y gracia de sus descripciones como por la abundancia de informaciones útiles y observaciones profundas con que ha obsequiado al público lector. Solo a un español de nacimiento le será posible añadir algo nuevo a la riquísima colección de rasgos descriptivos del carácter nacional que anima su narración, y aún así tengo que confesar que me ha dejado poco campo libre para elegir mis temas.

¹⁸ Edward CLARKE, cit. en Ian ROBERTSON, opus cit., p. 43.

¹⁹ William BECKFORD: opus cit., Carta Sexta, p. 87.

Ciertamente Townsend no ha dejado de caer e errores e inexactitudes que solo pueden evitarse con una total familiaridad con el país. A pesar de ello, puede ser recomendado como una buena guía para todo el que quiera conocer los lugares donde habitan las gentes que van a ser los protagonistas de mis cartas”²⁰. Es también la empatía que puede surgir en el viajero tras tomar contacto con la realidad del país que visita, como le sucedió a Jardine, que después escribiría “es muy difícil explicar el afecto que muchos extranjeros como nosotros sienten por España, y que hace que, una vez se ha vivido aquí, se sienta el deseo de volver como si fuera una tierra natal, dando de esta suerte preferencia a la pobreza y desolación de este país por encima de la riqueza y saber de naciones más refinadas”²¹. O incluso la admiración sin límites lo que se intenta resaltar, como le ocurrió a Blanco White al visitar Inglaterra ya que le pareció, y así lo reflejó en sus palabras, “la nación más rica, más feliz y más civilizada que conoce la Historia”²².

A menudo se encuentra también la reacción contraria, de superioridad y displicencia, cuando no de abierto rechazo hacia el país visitado o, simplemente, de reafirmación de ideas preconcebidas. Una muestra de la primera actitud lo constituye el relato del Mayor Dalrymple: “Temo que mi relato parezca seco y árido, rudo y salvaje, y eso mismo hará ver cómo la nación española está atrasada del resto de Europa, para la comodidad y las facilidades de los viajes. Varias de mis observaciones podrán parecer triviales; pero, a menudo, en las minuciosidades es donde se descubre lo que mejor distingue el carácter de una nación”²³. Por su parte, Lord Chesterfield escribía en 1752 que “España es seguramente el único país de Europa que ha caído más y más en la barbarie, en la misma proporción en la que otros países se han ido civilizando”²⁴, y, en la misma línea, Shouthey escribió a uno de sus amigos “y tu me preguntarás ¿qué has sacado de este viaje? He aprendido a dar gracias a Dios por ser inglés; porque aunque las cosas no vayan tan bien como en el Dorado, están mejor que en cualquier otro sitio”²⁵. Con toda lógica, el desprecio y la descalificación eran actitudes difíciles de asimilar por los visitados, provocando reacciones de todo tipo; en el caso de los españoles se apresuraron a contestar y a protestar de la imagen que sus relatos estaban

²⁰ BLANCO WHITE, *Cartas de España*. 1822. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004. Edición de Antonio Garnica. Carta primera, p. 9.

²¹ Alexander JARDINE, opus cit. Citado por Ian ROBERTSON, opus cit. p. 132.

²² José M^o BLANCO WHITE, *Cartas de España...* Carta I, p. 11.

²³ William DALRYMPLE: *Viaje a España y Portugal* (1774), en José GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid. Aguilar. 1962. Tomo III, pp. 645-646.

²⁴ Citado por Consol FREIXA, opus cit., p. 23.

²⁵ Robert SOUTHEY, *Letters during a short residence in Spain and Portugal, 1795-1796*. Citado por Consol FREIXA, opus cit., p. 46

proyectando fuera de nuestras fronteras y que contribuían a mantener a Europa en una idea equivocada, máxime teniendo en cuenta los progresos que se habían dado en la centuria ilustrada gracias a los gobiernos reformistas. Uno de estos autores fue Arteta de Monteseuro, que en la *Oración fúnebre que en las solemnes exequias del Sr. Rey Don Carlos III, mandadas celebrar por la real Sociedad Aragonesa de Amigos del País en la iglesia de San Carlos Borromeo de la ciudad de Zaragoza el día 31 de enero de 1789*, arremete contra ellos con las siguientes palabras: "Viajeros extranjeros, que habéis abominado tanto de nuestra corte y la habéis pintado en vuestras relaciones con los colores más negros, venid ahora y ved el nuevo aspecto, la nueva forma y, por mejor decir, la nueva corte que ha fabricado y erigido Carlos III. Por mucho sea lo que habéis oído, os veréis precisado a exclamar con la reina de Saba: es mucho mayor la sabiduría y las obras de Carlos III que cuanto habíamos oído"²⁶.

Es preciso contemplar las manifestaciones y formas culturales en un sentido amplio teniendo en cuenta que, por encima de una cultura común al conjunto de la sociedad existen subculturas específicas que se van gestando a partir de otros elementos como la adscripción a un grupo y/o estamento social, desde los eclesiásticos, nobles y elites emergentes hasta llegar a los grupos populares. Del mismo modo, hay que considerar la dualidad del mundo urbano versus el mundo rural, dado el carácter dinámico del primero, especialmente de las ciudades del litoral, donde las actividades comerciales y/o portuarias predispone a sus habitantes a una actitud más receptiva ante las novedades y los cambios; frente a ella, la España interior, anclada en la tradición y el inmovilismo, parece permanecer inmutable, los cambios son tan nimios e imperceptibles que apenas se notan, pero cuyas manifestaciones pueden mostrarnos tanto los signos de continuidad como las fisuras que, de forma lenta, también les alcanza.

Aunque la vida urbana era más atractiva a todos los niveles, la moda de vivir en el campo trasladando a grandes fincas el mismo tipo de vida que se hacía en la ciudad, con unas viviendas adaptadas a todos los niveles de confort y comodidad, que venían gozando de tanto predicamento en la sociedad inglesa, empieza a abrirse paso en la España a finales del XVIII. Blanco White captó muy bien esa forma de vida, y en sus *Cartas de Inglaterra* escribió: "La verdadera grandeza y magnificencia de Inglaterra está en el campo. El extranjero que quiera ver los palacios de este reino búsquelos en la campaña y los hallará a cada paso (...) El modo de visitar a los amigos, cuando están en

²⁶ Citado por Leonardo ROMERO TOBAR, opus cit., p. 62.

el campo, es pasar tres o cuatro días, por lo menos, con ellos (...) no hay casa ninguna de esta clase que no tenga uno o dos aposentos de sobra para el recibo de huéspedes (...) A fines del año 1815 pasé diez o doce días en la mansión de campo del duque de Bedford; una de las más magníficas de Inglaterra, y en que la afabilidad de los dueños compite con la esplendidez del trato que dan a sus huéspedes" (...), lo que le dió pie para describir las cosas que hay en la mansión para entretenimiento de los huéspedes: la caza, una abadía, una biblioteca, los jardines, un lugar para pájaros y aves curiosas, un Juego de pelota, un picadero, un cortijo para experimentos agrícolas²⁷. No le sorprende constatar la misma separación entre los sexos que estaba habituado a ver en España, y lo refiere como una costumbre usual: "Después de la comida se sigue ...nada. Las señoras, como es de costumbre, se retiran, acabados los postres; y los hombres se quedan bebiendo, al son de una conversación que rara vez es animada"²⁸. Richard Twiss comenta que durante su estancia en Málaga entabló contacto con otro inglés, Mr. Power, el cual tuvo la amabilidad de invitarle a pasar unos días en su casa de campo, situada en el pueblo de Alhaurín; además de dar minuciosos detalles del viaje hasta allá, yendo las mujeres en burro y los hombres montados a caballo, comenta el amoblamiento de la casa al estilo inglés y cómo en el jardín había especies de plantas traídas especialmente desde Inglaterra²⁹. El mayor Dalrymple también hace alusión a la visita que realizó a la casa de campo de un obispo en tierras andaluzas. Por su parte, Beckford, en la carta escrita el trece de enero de 1788, refiere una excursión a una villa recién comprada por la Duquesa de Alba en las afueras de Madrid.

El género es otra de las variables que vamos a tener en cuenta; nos ayudará a centrar nuestra mirada en las diferencias que la identidad sexual puede introducir en la vida diaria, a todos los niveles, siendo necesario entrecruzar dos líneas de investigación que actualmente suelen converger, dado lo mucho que tienen en común, la Historia de las Mujeres y la Historia de la vida cotidiana. Las relaciones que se establecen entre hombres y mujeres son un buen indicador del nivel de civilización de una sociedad, mostrando, una vez más, la vigencia de los prejuicios misóginos en la centuria ilustrada, a pesar de ciertos avances en cuanto a la visibilidad de las mujeres se refiere. Sería Jardine quien exprese esta idea con mayor lucidez al afirmar que "el sexo débil, como de costumbre, continúa siendo mucho más delicado y sentimental que el fuerte, y como

²⁷ José M^o BLANCO WHITE: *Cartas de Inglaterra* (carta III) Carta I, pp. 60-61.

²⁸ *Ibidem*, p. 66.

²⁹ Richard TWISS, *Viaje por España en 1773*. Madrid. Cátedra, 1999, pp. 183-184.

su influencia en la sociedad va en aumento, es posible que retrase o encauce el proceso de depravación. Todo extranjero que las ha tratado el tiempo suficiente para comprenderlas se ha visto cautivado por la viveza, la gracia y el humor de su conversación”³⁰. Baretti observa con interés cómo los españoles gustan de estar en la compañía del otro sexo, una actitud contraria a la que él estaba acostumbrado a ver en la sociedad inglesa, por lo que registra las siguientes anotaciones: "el deseo que hombres y mujeres sienten de pasar el tiempo juntos es aquí tan vehemente que no difiere mucho del ardor, en especial a ojos de quien ha vivido largo tiempo en Inglaterra, donde los hombres de toda condición parecen avergonzarse de permanecer demasiado tiempo junto a las bellas, y donde lo frecuente es que las abandonen todos los días varias horas, por el solo motivo de hablar de política o echar un trago”³¹.

Jardine se confiesa partidario de mejorar su educación y proporcionarles una mayor consideración social, implicando en esa tarea a los gobiernos; el resultado de sus reivindicaciones resulta ser todo un alegato en favor de las mujeres y de la igualdad con los hombres: "un gobierno sabio debería procurar un justo medio entre esos extremos que deberá de consistir, en mi opinión, en la más perfecta igualdad posible entre los sexos, en el disfrute de los derechos personales, la eminencia y la educación”³². En su carta décimo séptima indica que “algunas de ellas resultan parecerse a seres de inteligencia superior, e incluso con las más normales podemos aprender anécdotas, caracteres o secretos de cierta importancia, tales como los que puedan conducirle a lo que desea, o a cosas más importantes de lo que en principio pueda parecer” (...) “Su talento y disposición para la música, sus bellas cancioncillas y, lo que es más, su manera coqueta y fascinante de cantarlas, vienen muy al pelo para coronar todo su poder e influencia” (...) “Quizás sean las mujeres más alegres, despiertas y agradables de Europa”³³. En la trigésima anota la siguiente reflexión: “Es probable que el carácter femenino haya mejorado en toda la Europa moderna, al tiempo que el masculino ha empeorado. Las mujeres mejoran en sociedad, incluso aunque las mantengamos apartadas del saber y poseen ahora aquí más virtudes domésticas, sociales y útiles que las que tenían anteriormente, cuando estaban más apartadas del mundo. Estaban sujetas entonces a una mayor indolencia y timidez, a una indiferencia despreocupada y a vicios

³⁰ Alexander JARDINE. Citado por Ian ROBERTSON, opus cit. p. 136.

³¹ Joseph BERETTI, citado en Ian ROBERTSON, opus cit., p. 66.

³² Alexander JARDINE, opus cit. Carta XI, p. 124.

³³ *Ibidem*, Carta XVII, p. 269.

positivos, y solo poseían en el mejor de los casos unas pocas virtudes negativas. Ahora las encontramos dotadas de toda la atención y bondad, ternura y humanidad que tanto favorecen a su sexo, y que ellas otorgan a todos los que le rodean, excepto a los herejes, ante los cuales muchas muestran el mayor temor y aversión, aunque mezclado a veces de compasión” (...) “Varias de las damas españolas muestran aún una excesiva inclinación a la indolencia y, de algún modo, se han echado a perder con falsas delicadezas y refinamientos; las otras, que han tenido sentido común y resolución para romper las limitaciones de la ociosidad tan en boga, se han vuelto fuertes y activas, y ahora pueden cabalgar, cazar y trabajar en el jardín mejor que muchos de nosotros; y me enteré de que algunos caballeros aragoneses han educado a sus hijas de esta manera”³⁴. Termina diciendo que “en muchas mujeres la figura y los modales, los ojos y la fisonomía, el tipo y el semblante, la viveza y la sensibilidad, más moderadas y elegantes, resultan sin embargo bastante más expresivas e intensas”³⁵.

Frente al resto de sus paisanos fue el único que destacó el importante papel de las mujeres en las tareas agrícolas y domésticas; a propósito de su periplo por tierras gallegas anotaba que "conducen el carro (...) manejan el arado y trajinan el estiércol, con frecuencia a brazo, esparciéndolo con sus propias manos"³⁶. De forma parecida, Baretti alude a unas aldeanas dedicadas a la venta ambulante en uno de los pueblos por los que pasó, sorprendiéndole la destreza con que en un brazo sostenían las cestas con los comestibles al tiempo que dejaban libres las manos para continuar hilando³⁷, procurando así estar ocupadas todo el tiempo. Beckford, por el contrario, se sitúa en el polo opuesto al hablar de las lavanderas del Manzanares, a las que despacha con un comentario despectivo tildándolas de "grupo de viejas color caoba, que dejaron de golpear sus prendas para mirarnos pasar", sin pararse a pensar en la dureza de las condiciones en que realizaban su trabajo a cambio de unas míseras monedas³⁸. Por su parte Swimburne no escatima adjetivos descalificativos al hablar de las españolas en general al no encontrar en ellas ningún atractivo debido -dice él- a su falta de educación, criticando su ignorancia y su falta de modales lo que les hacía ser antipáticas y hasta zafias; en su opinión estaban "dotadas por la naturaleza con abundante ingenio, y tienen una réplica aguda y picante; pero por carecer del refinamiento y recursos de la

³⁴ *Ibíd.*, Carta XXIX, p. 362.

³⁵ *Ibíd.*, Carta II, p. 169.

³⁶ *Ibíd.*, citado por Ian ROBERTSON, *opus cit.* p. 134.

³⁷ Joseph BARETTI, citado en Ian ROBERTSON, *opus cit.*, p. 70.

³⁸ William BECKFORD, *opus cit.*, Carta Quinta, p. 86.

educación formativa, ese ingenio queda oscurecido por la más cruda ignorancia y los prejuicios más ridículos. Como su temperamento no se ha pulido en la cortés relación con sus semejantes, ni suavizado con la necesaria disparidad de sentir, tienden a ser bruscas y enojadizas (...) no parecen tener la menor ambición de que se les considere inteligentes o capaces; no entienden de nada, ni jamás trabajan, leen, escribe o tocan un instrumento musical"³⁹.

Las prácticas de sociabilidad en el ámbito doméstico.-

Con esas premisas, a continuación intentaré una aproximación al estudio de las prácticas de sociabilidad que se desarrollan en el ámbito doméstico durante la centuria ilustrada a partir de esos relatos. Vamos a analizarlas desde la doble dimensión que venimos comentando, es decir, por una parte desde la mirada de los viajeros británicos que visitaron España y pudieron formar parte de ellas, poniéndolas en práctica en los espacios habilitados en algunas de las ciudades por las que pasaron; por otra, desde la perspectiva de los españoles que viajaron a tierras británicas por la misma época y también tuvieron la oportunidad de participar de esas mismas costumbres en la capital inglesa. En el siglo XVIII la sociabilidad se consideraba un indicador clave a la hora de medir el grado de refinamiento, de distinción y de civilización que había alcanzado una sociedad. La contrastación de ambas experiencias se hará marcando una línea de continuidad entre la tradición y la modernidad, desde las antiguas formas de sociabilidad, herederas de épocas anteriores que mantienen su vigencia con una cierta fuerza, hasta las nuevas formas que fueron adoptadas por la sociedad dieciochesca. Surgidas, en gran parte, a tenor de los cambios socio-culturales que subyacen en la ideología ilustrada, van a tener una gran difusión entre las elites cultivadas permitiendo el desarrollo de unas formas de relación cada vez más polivalentes que hace de la cultura de la conversación y de la tertulias la base de unos modelos que, con gran versatilidad, en algunos casos irán deslizándose progresivamente hacia prácticas que incluso podrían ser calificadas de políticas.

La conversación y el trato amigable, elevados a la categoría de arte en el siglo XVIII, hicieron de la visita y la tertulia privada dos costumbres fuertemente arraigadas en la sociedad europea. En el caso español venían respaldadas por una tradición que había hecho de la visita privada uno de los medios de comunicación más usuales en el

³⁹ Henry SWIMBURNE, citado por Ian ROBERTSON, opus cit. p. 114.

intercambio de relaciones sociales entre grupos de igual categoría, era también una forma de cortesía entre vecinos y una fórmula de encuentro ocasional en las familias para conmemorar determinados eventos. De la extensión de esta costumbre son buena prueba los testimonios que ofrece la totalidad de los viajeros consultados en sus desplazamientos a lo largo de la península; prácticamente todos coinciden en dar cuenta de lo generalizado de este hábito entre los españoles de todo tipo y condición, ya que pudieron relatar sus impresiones sobre las visitas realizadas a diversas casas donde se celebraban. Casi todos concuerdan en que eran amenas y divertidas, la música siempre estaba presente junto al baile, los juegos o la conversación sin más. El ambiente solía ser distendido y casi todos se maravillan de las buenas relaciones entre los sexos, que solían disfrutar de la mutua compañía entre diversos entretenimientos entre los cuales no faltaban los juegos de naipes aunque la conversación sobre diversos temas era la actividad predominante. Otra cualidad que suelen resaltar es la hospitalidad con que son recibidos en todas partes y los diversos agasajos con que eran obsequiados. Algunos se sorprendieron de la separación en que se congregaban y que todavía existía en algunas de las salas visitadas a tenor de la presencia de estrados en ellas; una costumbre que aún necesitaría mucho tiempo hasta desaparecer del todo y que algunos atribuían a una reminiscencia árabe. El estrado era una especie de tarima, colocada al fondo de la habitación, donde solían ubicarse las mujeres, sentadas en cuclillas, entre cojines o sillas de pequeñas dimensiones, para hablar y conversar separadas de los hombres, los cuales no podían acercarse a ellas más que en contadas ocasiones⁴⁰.

Joseph Baretti narra su asistencia a una tertulia madrileña en los siguientes términos: "ni las damas ni los caballeros estaban interesados en las cartas, puesto que los españoles disfrutaban más de la conversación que de las cartas". De otra tertulia madrileña a la que muy pronto fue invitado resalta la hospitalidad con que fue recibido, y escribe "ante la vieja creencia de que los españoles son graves, reservados y formalistas. A seguido de los primeros cumplidos, tanto damas como caballeros entablaron animada conversación, con tal vivacidad y desenvoltura que pareció me consideraban inmediatamente como un viejo conocido". Cuenta que le ofrecieron "bizcochos de azúcar, confeccionados de una forma que nunca había visto en otro lugar, llenos de cavidades como una esponja y en extremo ligeros", luego sirvieron chocolate,

⁴⁰ Carmen ABAD ZARDOYA, "El estrado: continuidad de la herencia islámica en los interiores domésticos zaragozanos de las primeras cortes borbónicas". *Artigrama*. 18 (2003), pp. 375-392.

y media hora más tarde pasaron a otra habitación para tomar una colación fría⁴¹. El doble tipo de recepción descrito marcaba el límite entre los distintos grados de confianza entre el anfitrión y los visitantes; a mayor amistad más duración en el tiempo de la visita y más agasajos recibidos.

Richard Twiss no omite comentarios al describir las numerosas tertulias a las que pudo asistir en las ciudades por las que pasó. En Madrid fue introducido en una casa de pintores donde pudo relacionarse con artistas, y también estuvo en la tertulia de la Condesa de Benavente, una de las más afamadas, a la que acudía gente variadas, desde políticos a hombres de letras, actores y actrices, artistas en general, diplomáticos, etc. En Valencia fue invitado a la residencia del Conde Sayve; en Granada acudió a la casa de la Marquesa de Casablanca donde le llamó la atención que se jugaba a numerosos juegos de cartas; en Málaga tomó contacto con la colonia inglesa allí afincada, asistiendo a algunas de sus tertulias; en Sevilla conoce a Olavide y a la condesa de Malaspina. La impresión que sacó del conjunto, y de otras que también visitó en ciudades como Murcia, Cartagena o Cádiz, es la siguiente: "hay mucha más libertad entre los asistentes que la que yo he podido observar en cualquier fiesta inglesa, y no existe esa obstinada timidez y reserva que es tan desagradablemente peculiar de la nación inglesa"⁴². A propósito de la de Córdoba escribió: "Esta ciudad es la más agradable como lugar de residencia de toda España. Aquí viven cerca de treinta familias nobles, que pasan las veladas alternativamente en casa de unos o de otros. La noche después de mi llegada estuve en la tertulia del conde de Gabia, donde tuve el placer de conocer a la vez a todas estas familias, que viven con gran esplendor (...) Una de las cuatro noches que permanecí en Córdoba las pasé en casa de la Marquesa de Villaseca: primero nos deleitaron con un concierto, y a continuación con un baile; los bailes regionales ingleses constaban de casi treinta parejas. El refrigerio consistió en chocolate primero y después limonada, helados, pasteles y varias clases de vinos y *liqueurs*. El salón donde bailamos era muy grande (...) había aquí mucha más libertad entre los invitados de la que jamás he visto en ninguna reunión en Inglaterra, y nada de esa cautela y reserva obstinadas, que son tan desagradables y típicas de la nación inglesa en general. Nos marchamos entre las dos y las tres de la madrugada. La noche siguiente el

⁴¹ Joseph BARETTI, opus cit. Citado por Ian ROBERTSON, opus cit., p. 66.

⁴² Richard TWISS, opus cit. Citado por Consol FREIXA, opus cit. p. 81-82.

conde de Gambia dio una recepción semejante a los mismos invitados, que se repitió a la noche siguiente en casa de otro noble"⁴³.

Joseph Townsend constata la existencia de tertulias como un fenómeno completamente usual en las ciudades españolas⁴⁴ aunque en las que debió sentirse más cómodo fue en las madrileñas, pues son las que acaparan mayores detalles en sus descripciones. Explica que "la mayor parte de las casas, sobre todo las de los grandes, tienen su tertulia o reunión de la tarde, en la que juegan a las cartas o charlan; después de lo cual, los que son íntimos se quedan a cenar" y a ella casi siempre asisten las mismas personas. Acerca de las recepciones a que acudió debió gustarle especialmente la residencia del Duque de Vauguion por tres razones, "las comidas magníficas, la compañía numerosa y la conversación interesante"; pero le resultaba muy agradable la tertulia en casa de la Duquesa de Berwick donde destacaba la duquesa y su hermana, la princesa de Stolberg, y donde solían concurrir muchos extranjeros, destacando que lo que más le gustaba de ella era "la amabilidad y la libertad de que allí se gozaba" que "contribuían a hacer pasar el tiempo deliciosamente", entre juegos de cartas o ajedrez, prácticas de dibujo y pintura, audiciones de música al piano etc. También solía acudir a la tertulia de la Condesa del Carpio, Rita de Barrenechea, renombrada escritora, quien "anima todas las reuniones en que se encuentra. No es guapa; sin embargo la vivacidad de su ingenio y el encanto de sus maneras la hacen muy interesante"⁴⁵. No elude comentar los elementos lúdicos que se daban en ellas, escribiendo "además de esas sosegadas tertulias, durante todo el invierno las Duquesas de Berwick y Vauguion organizaban bailes una vez a la semana, y las Condesas de Cogolludo y de Peñafiel ofrecen conciertos y bailes, acompañados de espléndidos bufetes de helados, tartas y jaleas. Después de los bailes se retiran a cenar con su grupo". En sus cartas pueden encontrarse mucha información acerca de las numerosas tertulias que fue frecuentando a su paso por las diversas provincias españolas.

Semejantes sensaciones debió sentir Lady Holland en el viaje realizado en 1802, cuando fue recorriendo todo el levante peninsular, porque también resalta mucho la hospitalidad española. Luego ella misma, cuando se instala en Madrid, y alquile una

⁴³ Richard TWISS, opus cit, pp. 179-180.

⁴⁴ No podemos entrar a comentar todas de las que da noticia pero es muy curiosa la descripción que hace cuando fue a visitar al Obispo de Granada al dejarnos detalles sobre su cocinero y los problemas salariales que estaban teniendo, o de las actividades que en materia de asistencia social estaba llevando a cabo el prelado en su diócesis etc. (p. 1581 de García Mercadal)

⁴⁵ Joseph TOWNSEND, en José GARCÍA MERCADAL, opus cit., p. 1483-84.

casa, se convertirá en polo de atracción de una serie de individuos que iban a visitarla a ella y a su marido, entre los cuales destacan conspicuos intelectuales y políticos reformadores. El atractivo matrimonio acudirá con frecuencia a los saraos a que eran invitados, teniendo contacto con las aristócratas más singulares de la época, sobre las que vierte una serie de comentarios⁴⁶. Por su parte, Alexander Jardine sobre las reuniones sociales opin que en la mayoría de las ciudades españolas las personas acomodadas, junto a militares y eclesiásticos “forman pequeñas sociedades y agradables, las tertulias, cuyos méritos y placeres se deben especialmente al buen humor, los dones naturales, el ingenio y la amabilidad de las damas”⁴⁷. William Beckford en una carta escrita el trece de diciembre de 1787 explica una visita a la Duquesa de Berwick en su palacio, detallando que solía hacerlo a distintas horas del día, lo que nos da una tipología de la visita. Describe el interior del palacio, la ceremonia del té y la atmósfera doméstica que había podido percibir, materializada en el trato informal entre la Duquesa y sus hijos; especialmente hacia su hija Ferdinanda, que estaba presente, sentada en el suelo y jugueteando con un perrito al que zarandeaba como un muñeco. No olvida resaltar la profunda afición que sentía por la música, las numerosas partituras esparcidas por toda la estancia y la presencia de tres músicos dispuestos a tocar en el momento que se les indicara⁴⁸. En otra escrita un mes más tarde, el catorce de diciembre, comenta la hospitalidad española hacia los viajeros pero critica la costumbre española de intercambiarse tarjetas de visita, que consideraba bastante latosa.

Sin embargo, no todos se llevaron una impresión agradable. Richard Twiss tuvo constancia de las deficientes condiciones higiénicas existentes en Málaga, porque escribe “Tuve el honor de cenar en casa del marqués del Bado. A los invitados se les sirvió con vajilla de plata y había varios pajes con matamoscas para impedir que estos insectos se posaran en los platos”⁴⁹. Al Mayor Dalrymple tampoco debió gustarle el ambiente que encontró al visitar una casa cordobesa porque escribió lo siguiente: “Parece bastante incómodo a un inglés el hacer una visita en una habitación oscura, donde está ya hace bastante tiempo antes de descubrir a las personas que allí va a ver”⁵⁰. Pero constata la generalidad de estas reuniones por todas partes -“La mayor parte de estas casas dan lo que en el país llaman tortillas (tertulias) es decir, reuniones”, escribe.

⁴⁶ Lady HOLLAND *The Spanish Journal, 1802-1804*. Vid. Ian ROBERTSON, opus cit. pp. 176-184.

⁴⁷ Alexander JARDINE, opus cit., Carta XIX.

⁴⁸ William BECKFORD: opus cit., Carta Séptima, pp. 90-91.

⁴⁹ Richard TWISS, opus cit., p. 183.

⁵⁰ William DALRYMPLE, en J. GARCIA MERCADAL, opus cit., p. 651.

Comenta su asistencia a una tertulia celebrada en casa de la condesa de Villanueva que es muy curiosa porque la anfitriona está de luto y al describirla se ven las diferencias con las otras: "que había perdido hacía poco un pariente cercano; la gente se presentó de luto; cada señora, al entrar, después de haber saludado a la condesa, da la vuelta a la reunión, toma la mano de todas las señoras, una después de la otra, murmurando en voz baja algunos cumplidos, de los que siempre tienen una gran provisión y, por fin, se coloca. Cuando todos los asistentes se han reunido, entran los lacayos vestidos también de luto, trayendo vasos de agua helada y azucarados merengues; después, porciones de chocolate, dulces, pasteles y al fin vasos de agua helada como conclusión. Esos refrescos son la ocupación principal de las gentes del país; casi no conocen el gusto de la mesa; es raro que coman juntos, excepto en las ceremonias de las bodas, del nacimiento de un primer hijo o cualquiera otra solemnidad parecida. En éstas, la conversación rueda sobre la triste circunstancia, pues no hay juego; el tiempo transcurre en pequeños grupos de conversaciones aparte hasta cerca de las once, que todo el mundo se retira. Las señoras fueron a despedirse en el mismo orden que habían entrado. La etiqueta de esas reuniones, que se observa generalmente en todas las demás, es pasablemente triste, aunque tengan la atención de recibir en ellas a los extranjeros"⁵¹.

En Inglaterra la visita y el convite asociado a ella debían ser igual de populares y estar tan arraigados como en España si hemos de creer a José M^a Blanco White, quien en sus *Cartas de Inglaterra* dice que "la costumbre de convidar a comer es tan general que el primer mes que pasé en Londres apenas hubo día que no estuviese convidado"⁵²; "las horas destinadas a conversación y sociedad son las de las comidas y prima noche: y las que se pasan así en casas de confianza, en *famille* son en extremo agradables. En ellas es donde he hallado la mezcla de conversación racional, y de alegría moderada en que consiste el verdadero placer de la sociedad"⁵³. Luego habla del alarde que hacen los nobles a la hora de convidar a cuantos más mejor, describiendo un convite a donde han concurrido cuatrocientos o quinientos coches. Curiosamente, compara el número de invitaciones que se reparten en Inglaterra para un convite con las invitaciones que se hacen en España para un entierro. Dice que a las visitas formales las llaman *partidas* (debe ser una traducción literal de la palabra *party*)⁵⁴. Explica también la costumbre de

⁵¹ *Ibidem*, p. 652.

⁵² José M^a BLANCO WHITE, *Cartas de Inglaterra*, Carta I, p. 39.

⁵³ *Ibidem*, Carta I, p. 40.

⁵⁴ *Ibidem*, Carta I, p. 41.

visitarse por parte de las clases medias. Dice que son *at home*; porque en las invitaciones se dice que el señor/a de la casa estará *en casa* tal día. Dice que la expresión *estar en casa* “significa estar pronta a recibir visitas”⁵⁵. Comenta incluso la rivalidad que se da entre la gente para tener más convidados a su casa.

Por su parte Leandro Fernández de Moratín, además de comentar prolijamente la costumbre que tienen los ingleses de emborracharse, describe una cena en un domicilio particular y los brindis que se hacen constantemente hasta que la gente no puede beber más: “El Príncipe de Gales se emborracha todas las noches; la borrachera no es en Inglaterra un gran defecto, ni hay cosa más común que hallar sujetos de distinción perdidos de vino en las casas particulares, en los cafés y en los espectáculos. Cuando un extranjero asiste a una mesa de ingleses, pocas veces puede escapar de la alternativa de embriagarse como los otros, o de perder la amistad con el dueño de la casa y cuantos asisten al festín; ni ha de dejar de beber cuando beben los otros, ni ha de beber menos de lo que beben los demás (...) Levantados los manteles, vienen las botellas y empiezan los brindis; a cada brindis ha de beber cada asistente una copa de vino (...) y así van brindando uno después de otro, de manera que cada convidado se ve en la precisión de beber, lo menos, tantas copas cuantos sean los concurrentes a la comida”⁵⁶.

El fenómeno sociológico de la moda que tanto estaba afectando a las sociedades europeas de la época, no pasaría inadvertido a lo ojos de los extranjeros que visitaron España, constatando la gran influencia ejercida por Francia, que había supuesto la imposición de su estilo tanto en las vestimentas como en los objetos de uso y adorno de los interiores domésticos. A Beckford debió parecerle una pérdida de identidad nacional, y parece disentir con ello por estimar que suponía una pérdida de la tradición; en sus *Cartas españolas*, con una cierta decepción, describe “que las antiguas costumbres nacionales han desaparecido casi del todo” ante la penetración de las modas extranjeras, sobre todo francesas (...) “los vestidos de las mujeres, el corte de las libreas de los criados y los colores de los carruajes y hasta los calzones de los cocheros eran tan perfectamente parisinos que me imaginé que estaba en los *boulevards* y busqué en vano con la vista esos carruajes pesadotes, rodeados de pajes y escudeiros que con tanta frecuencia salen en las novelas españolas”⁵⁷. Curiosamente, en la segunda mitad del siglo la moda francesa que tanto furor había hecho en España desde el advenimiento de

⁵⁵ *Ibidem*, Carta I, p. 42.

⁵⁶ Leandro FERNÁNDEZ DE MORATIN, *Apuntaciones...* Cuaderno I, Apunte VII, pp. 9-10.

⁵⁷ William BECKFORD, *opus cit.*, Carta Sexta, pp. 87-88.

los Borbones, comenzó a sentir la competencia de la moda inglesa; como testigo del relevo, Richard Twiss pudo constatar, con cierta complacencia, que la moda inglesa había llegado hasta los interiores domésticos, pues anotó que en las casas cordobesas de la Marquesa de Villaseca y del Conde de Gabia, todo su mobiliario -sillas, mesas y alfombras- era de estilo inglés⁵⁸.

La sociabilidad pública.-

En cuanto a los espacios de la sociabilidad pública son los viajeros españoles los más capaces de hacer juicios de valor sobre las tabernas y otros establecimientos a donde se iba a beber, mientras que los británicos solo hacen una retahíla de quejas acerca de las pésimas condiciones existentes en los mesones, posadas y tabernas donde tuvieron que alojarse, y de lo mal que se comía en ellas. Sobre estos espacios españoles los comentarios de los británicos son muy parcos en general; Charles R. Vaughan a su paso por La Coruña explica que “cerca de estos paseos hay cafés, a los cuales va todo el mundo, sin distinción de sexo o condición, para tomar helados y otros refrescos” (...) Desde los paseos públicos el grupo se dirige al teatro, que es pequeño y carece de todo ornamento, y desde el teatro a las tertulias, o reuniones de noche, donde se pasa una hora o dos jugando a las cartas o conversando”⁵⁹

Antonio Ponz se siente sorprendido por el bienestar que encuentra en las posadas inglesas y la limpieza en que se hallan, acostumbrado a la baja calidad de las españolas, generalmente sucias e incómodas, aunque reconoce que el precio que hay que pagar para alojarse en ellas es también algo caro. Le maravilla la libertad de expresión que encuentra en ellas porque escribe “no le diré a V. lo que hay de hosterías, cafés, pastelerías, tabernas, y semejantes recintos, donde se come, bebe, y conversa con amplia libertad, y sin el menor recelo; en cuyo particular, en el de escribir sátiras, y poner todos los días en las puertas de las tiendas de Libreros, y otras, estampas ridículas para hacer burla del Ministerio, es en lo que a mi parecer se verifica más la decantada libertad inglesa; pero los criticados suelen tener muy buena correa: se ven ridiculizados, y tiran adelante en sus ministerios o destinos” y a continuación describe la comida y el cuarto donde se alojó, todo en términos muy positivos aunque añade que fue muy cara⁶⁰. Blanco White dice a propósito de los cafés: “Los cafés, que son el gran recurso en

⁵⁸ Richard TWISS, opus cit., pp. 179-180.

⁵⁹ Charles R. VAUGHAN: *Viaje por España*. 1802. p. 73.

⁶⁰ Antonio PONZ: opus cit. p. 68.

Francia y España no se frecuentan aquí al presente. Si vas a comer a uno de ellos, en vez de hallar Sociedad, el aspecto y disposición de cuanto hay en la sala te conduce a la soledad y al silencio”⁶¹. Moratín también describe los banquetes públicos que se celebran en las tabernas de Londres volviendo a reiterar la costumbre de los brindis constantes⁶²; relata en detalla una reunión y comida pública para los “amigos de la libertad de prensa” en la taberna *Crown and Anchor* (a propósito de los avatares sufridos por Thomas Payne cuando publica su libro sobre *Derechos del hombre*. Llegaron a reunirse unos 400 asistentes, varios de los cuales pronunciaron discursos aplaudidos por el resto. Y vuelve a hablar de la costumbre de los brindis y nuevos discursos que, tal como estaba la gente de bebida trajeron problemas de insultos, peleas (cachetes), las mesas se vinieron abajo y se armó tal jaleo que hizo que muchos abandonaran la taberna. Los que se quedaron siguieron hablando con normalidad⁶³. De la misma manera, se explaya describiendo una reunión en un club cuando celebran sus juntas y comidas. Suelen ser las reuniones para sujetos de una misma profesión (abogados, literatos, comerciantes etc.) y otras veces son “gente acomodada que se reúne para hacer prosperar uno u otro ramo o establecimiento”⁶⁴.

Por lo que se refiere a la sociabilidad institucional y/o académica en Inglaterra Antonio Ponz describe de forma pormenorizada tanto el edificio que acogía la Sociedad Real para Academia de Anticuarios y de las Bellas Artes, como sus objetivos; entre ellos destaca “ilustrar las antiguas memorias de los tres Reynos, de Inglaterra, Irlanda y Escocia; ilustrar la ciencia de las medallas; grabar las antigüedades de Palmira y otras de Atenas, Spalato etc. y que constaba de cuatrocientas personas. Es curioso que, al referirse al cultivo de las bellas artes hace una serie de comentarios sobre cómo la estatuaria no había logrado alcanzar el mismo desarrollo que en otras culturas debido a los escrúpulos religiosos del anglicanismo en materia de imágenes. Más adelante realiza una descripción detallada de una sesión de la Sociedad de Ciencias a la que fue llevado por un amigo; era la última antes del verano que celebraba dicha sociedad, y describe la manera en que se comportó el presidente “siempre con el sombrero puesto sino cuando se le ofrecía hablar alguna cosa; estaba sentado en silla eminente (...) Los demás asientos son bancos cubiertos...” Explica que las disertaciones giraron sobre los

⁶¹ José M^a BLANCO WHITE: *Cartas de Inglaterra*, Carta I, p. 42.

⁶² Leandro FERNÁNDEZ DE MORATIN, *Apuntaciones* Cuaderno I, Apunte IX, pp. 12-16.

⁶³ *Ibidem*, p. 15-16.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 17-18

motivos y efectos de los terremotos ocurridos últimamente en Calabria y Sicilia. “Esta Sociedad de las Ciencias tiene por instituto el adelantamiento y progreso de las mismas, el adquirir nuevas luces sobre la Filosofía natural, la Agricultura, la Navegación, la Táctica militar naval y terrestre y otros asuntos conducentes a la instrucción pública”⁶⁵. A dicha Sociedad pertenecía Francis Carter, quien había permanecido en España durante veinte años, entre 1753-73, una larga temporada en que estableció su residencia en Andalucía, donde se dedicó especialmente estudiar las antigüedades hispano-romanas y musulmanas existentes en España. Seguramente su nombramiento como miembro de la Society of Antiquaries fue un premio a sus méritos por haberse dedicado durante tanto tiempo al estudio de la antigüedad⁶⁶. De la misma manera Moratín alude a los *clubs* ingleses a los que compara con las españolas Sociedades Económicas, generalmente compuestas de individuos pertenecientes a la misma profesión como abogados, comerciantes, literatos, artesanos etc. adjudicándoles el éxito de la prosperidad del país, pues “ellas son las que, reuniendo el propio interés, el celo patriótico, la ilustración y la riqueza, proporcionan a la agricultura, a las artes, a la industria y al comercio nacional todas las ventajas posibles”. Elogia la costumbre de someter a los aspirantes al ingreso a un riguroso proceso de selección, lo que evitaría la entrada de aquellos movidos por ánimo de “pedantear y hacer vana y ridícula ostentación de un celo aparente”; y añade su admiración ante los resolutivas que son respecto a los proyectos que emprende, frente a la apatía y la poca diligencia que había observado en las españolas⁶⁷.

De análogos espacios de la sociabilidad pública en España tenemos el comentario de Jardine, quien al viajar por el país vasco celebra la personalidad del Conde de Peñaflores y sus esfuerzos en contribuir al progreso de la nación mediante la creación de la Bascongada; ello le da pie para hacer alusiones a la decadencia de las Sociedades Económicas de Amigos del País: “puede que haya oído hablar de la decadencia progresiva de las distintas sociedades que existen en España destinadas a fomentar las artes y el comercio y que habían sido creadas en el reinado actual, con esperanzas tan optimistas, por los Amigos del País. Tales Sociedades no han surtido en ninguna parte los frutos que cabía esperar de ellas y mucho menos en esta región -se refería a Galicia.

⁶⁵ Antonio PONZ, opus cit., pp. 23-26.

⁶⁶ Francis CARTER conocía España a fondo porque había permanecido en ella durante veinte años, casi siempre en ciudades andaluzas, hasta acabar recalando en Gibraltar. Uno de sus escritos se titula *A journey from Gibraltar to Malaga*.

⁶⁷ Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *Apuntaciones...* Cuaderno I, Apunte X, pp. 17-18.

Resulta evidente que el gobierno no las ha impulsado mucho últimamente, a pesar de su intención inicial de darles protección. Algunas de esas sociedades fueron fundadas por hombres bondadosos, que en su mayor parte están ahora muertos o han caído en desgracia, y las instituciones siguen el destino de sus fundadores. Las pocas que apenas puede decirse que quedan están bajo la influencia de sus clérigos, que toman el control de todo, y se han convertido en dispensadoras de pequeños premios a maestros de poca monta por enseñarles a unos cuantos niños el catecismo (...) quizás debiéramos excluir de ese estado general de decadencia a la Sociedad Bascongada, en la que un espíritu de tolerancia origina otros y por tanto, aún lleva a su sociedad y a algunas de las artes útiles a mantener una especie de desarrollo incipiente”⁶⁸.

Otro testigo excepcional fue Joseph Townsend, que se refiere, por una parte, a la Academia de Bellas Artes de Barcelona, “abierta a todo el mundo”, donde “enseñan gratis el dibujo, la arquitectura y la escultura” para lo cual se habían habilitado “siete espaciosas salas, provistas, a costa del rey, de mesas, bancos, luces, pinceles, dibujos, modelos de arcilla y modelos vivos”, en los horarios distribuidos a lo largo de la mañana y de la tarde. “Esta academia se ve muy concurrida. Conté una tarde más de quinientos niños”, aunque “solo un pequeño número se destinan a convertirse en pintores”, pues, según la ida de Campomanes, impulsor de la institución “esos jóvenes son aprendices comerciantes, y han juzgado con razón que todas las otras artes podían recibir algún auxilio de el de la pintura, cuya propiedad particular es la de hacer sobresalir la incitación”. Parece estar de acuerdo con ese fin porque se lamenta de que “tales instituciones faltan en Inglaterra”. Asimismo resalta que en una de las siete salas se haya establecido una escuela náutica “provista de todo lo necesario para enseñar el arte de la navegación” que ha proporcionado hasta el momento instrucción a más de quinientos pilotos “capaces de hacer navegar un barco por todas las partes del mundo”. Su admiración no acaba ahí porque también anota su visita a la Academia Militar, de la que dice estar tan bien dirigida como la anterior; ello le da pie para proceder a la siguiente afirmación positiva sobre la situación del país en la esfera militar, en la que claramente ha mejorado: “esa academia y otras semejantes, establecidas por la monarquía reinante, son de una grandísima importancia para la nación, pues

⁶⁸ Alexander JARDINE, opus cit. Carta XXV, p. 329.

proporcionan un número suficiente de ingenieros en los tiempos de guerra, sin que España esté, como antes, en la necesidad de depender enteramente de sus aliados"⁶⁹.

Durante su estancia en la Corte Townsend cuenta con todo tipo de detalles su presencia en la tertulia de Campomanes a la que asistió por invitación de su amigo Casimiro Ortega, siendo presentado al anfitrión del que escribe “le hallé de un acceso fácil, gracioso, complaciente, suave, amigable, y amable en grado sumo (...) en mi opinión pocos reinos se pueden alabar de poseer un hambre tan hábil, y lleno de tantos conocimientos y buena voluntad. Me pareció uno de los caracteres más superiores que hayan jamás adornado ese país y uno de los mejores patriotas que jamás se hayan ocupado de instruir a una nación naciente”. También describe su visita a “una sociedad fundada en 1738 y llamada Academia de la Historia”; su entrevista con Antonio Ponz en la Academia de Bellas Artes, que pudo ir recorriendo a través de sus “numerosas y magníficas habitaciones” y a observar a los estudiantes ocupados en dibujar y modelar, y de la que quedó tan satisfecho como de la de Barcelona, y su acceso al Gabinete de Historia Natural, donde pudo conocer a su vice-director, Clavijo y Fajardo⁷⁰. Sus comentarios siempre son positivos y constata el nivel de desarrollo de la sociedad española gracias a los avances realizados en los últimos tiempos por instituciones culturales como las descritas y que le mereció mucha de su atención.

Otras caras de la sociabilidad.-

Una costumbre extranjera, ajena a la tradición española pero pronto adaptada a los hábitos sociales de las elites madrileñas fue el cortejo⁷¹; atacado tanto por los moralistas como por un sector de los ilustrados españoles, debió dejar sorprendidos a algunos extranjeros que se muestran muy severos al juzgar la figura del cortejador, identificándolo con el adulterio. Dalrymple, al referirse a ellos escribe que “las gentes de calidad no se creen muy obligados por el lazo conyugal, y desde que la casa de Borbón ha llegado al trono, los celos han desaparecido mucho; las mujeres no se diferencian mucho de sus maridos; cada señora tiene por lo menos un cortejo y a menudo más; es el agradable empleo de los cadetes de las guardias que, en general no son muy acomodados, y eso es un fondo para sus fantasías; entre las gentes de calidad es un motivo de gasto en el que no ahorran nada (...) Esa relajación sin violencia y sin

⁶⁹ Joseph TOWNSEND, en José GARCIA MERCADAL, opus cit., pp. 1362-1363.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 1410-11.

⁷¹ Carmen MARTIN GAITE, *Usos amorosos del dieciocho en España*. Madrid. Siglo XXI, 1972.

límites, que lleva a las familias un malestar que va aumentándose en cada generación, los lleva a su ruina”⁷². Según Swinburne la única preocupación de las mujeres es "su cortejo o galanteador", "no creo -escribe- que en ningún país pueda verse un despliegue de amoríos descarados y una apariencia de relajación sin recato comparables a los de aquí"⁷³. Jardine abunda en la misma opinión; afirmando que “el chichisveo parece ahora establecido en este país tan firme y universalmente como lo está en Italia, y este tipo de relaciones amorosas ilícitas parece ser tácitamente consentido, y acordado, por todas las partes implicadas” (...) Sin embargo luego hace unas disquisiciones y concluye en que generalmente son relaciones inocentes y que la mayoría de los españoles está convencida de que “en ellos no hay nada censurable”⁷⁴.

Joseph Townsend habla profusamente del cortejo diciendo que es una costumbre muy extendida, que no se esconde y que es algo muy popular, culpando a los italianos de haberla introducido en España. La figura del cortejo responde a un acompañante que tienen las mujeres casadas, nunca las solteras; según deduce el viajero ejecutar a lo largo del día las numerosas reglas que se supone debe cumplir el cortejador implica una servidumbre que a él le parece excesiva pues “debe estar presente en cada momento del día, en particular o en público, esté la dama con salud o enferma, y debe ser por todas partes invitado a acompañarla (...) Si la señora está en su casa, él está a su lado; cuando va a pasearse, se apoya sobre su brazo; cuando se sienta en una reunión, dejan siempre junto a ella una silla vacía para él; si baila ... es con él” (...) “Inmediatamente que una mujer se casa, se ve atormentada por un enjambre de competidores que ambicionan el favor de ser distinguidos; eso dura hasta que ella hace una elección” (...) “hay innumerables ejemplos de mujeres que cambian a menudo de amantes” (...) . Se asombra de que en un país donde se atribuye a los hombres un exceso de celos, esta costumbre sea aceptada e incluso están mal vistos los maridos celosos, lo que no obsta para que, a veces, se originen peleas y en las clases bajas gran número de asesinatos. Además de no compartir esta costumbre, y de reprobársela en el terreno moral, le causa estupor que se haya generalizado en un país de filiación católica donde la iglesia controla y censura todas las conductas y hábitos sociales; se interroga a sí mismo acerca de “qué es la conciencia en un país católico donde reina una moral tan depravada”, o

⁷² William DALRYMPLE, en José GARCIA MERCADAL, opus cit., p. 665.

⁷³ Henry SWINBURNE, cit. por Ian ROBERTSON, opus cit., p. 114.

⁷⁴ Alexander JARDINE, opus cit., Carta XIX, p. 289.

qué puede contestar un confesor “cuando se presenta una mujer casada ... para declarar que siempre ha vivido y que seguirá viviendo en el adulterio” (...)⁷⁵.

En la posición contraria se sitúan otros viajeros, que lo ven como una carga pero algo inocente. Entre éstos veamos lo que escribe William Beckford en la carta escrita el domingo veintitrés de enero, donde da puntual cuenta de todas sus paradas; explica que fue de nuevo a pasear al Paseo del Prado y por la noche a ver al embajador de Francia; describe a su hija y a su esposa. Después fueron a casa de la condesa de Aranda “de quien él es amigo devoto y de quien tiene además el consumado placer de ser cortejo. Dichoso el hombre cuya buena fortuna es estar atado por tan deliciosos, si bien no sagrados vínculos, a tan encantadora criatura, aunque, la verdad sea dicha, la categoría de cortejo no es realmente envidiable ni mucho menos. Es uno la víctima constante de los menores caprichos de la dama y nunca puede uno apartarse de sus sayas de seda negra, o de la onda de su abanico, sin un permiso especial, concedido con complacencia las menos y rehusado con aspereza las más de las veces”⁷⁶. Twiss proporciona una curiosa información acerca de una señora cuyo marido le había prohibido que dejara pasar al cortejo dentro de la casa familiar, y de cómo ella decidió vestirse con un hábito religioso durante seis meses como “manifestación pública de su pena”⁷⁷

Moratín, que conocía bien los entresijos del cortejo en España e incluso había oído algunas de las repercusiones que debió tener en ciertos matrimonios de la época, parece haberse sorprendido al constatar en la sociedad inglesa una costumbre muy parecida aunque, según él, más cercana al adulterio. Aparece tan asombrado como lo estaba Townsend; especialmente el hecho de que se practicara con gran naturalidad, con la aprobación de los maridos, y con cierta publicidad añadida⁷⁸. Cuesta creer que estuviera tan extendido -como sostienen algunos historiadores- cuando ambos sujetos se quedan tan estupefactos al constatarlo; ¿no estarían exagerando los dos y hacían un mundo de un grano de arena?, ¿eran tan ingenuos como para hacer la vista gorda cuando se realizaba en sus círculos habituales y en cambio se atrevían a destilar moralina en ambientes lejanos?. Lo que verdaderamente llama la atención de estos comentarios, en gran parte contradictorios, es que si eran conductas tan corriente en ambas sociedades, y estaban tan aceptadas mayoritariamente por la gente, deberían haberse mostrado

⁷⁵ Josep TOWNSEND, en José GARCÍA MERCADAL, opus cit., pp. pp. 1484-86.

⁷⁶ William BECKFORD, opus cit, Carta Decimosexta, p. 138

⁷⁷ Richard TWISS, opus cit., p. 226.

⁷⁸ Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN, opus cit. Cuaderno I, Apunte XXIII

indiferentes al observarlo en el país visitado; el hecho de que les sorprendiera abre la puerta a que, quizás, hayan sido fenómenos interpretados no del todo correctamente por algunos investigadores.

El baile era uno de los entretenimientos favoritos de los españoles, en cuyo aprendizaje ponían todo su empeño, para lo cual existían academias especializadas en las más importantes ciudades y muchos tratados donde se podían encontrar prolijas descripciones sobre los pasos a seguir en cada uno de los tipos existentes. Los giros y movimientos eran impetuosos y cargados de sensualidad, lo que les había hecho convertirse en el punto de mira de la crítica desplegada por moralistas y confesores, pese a lo cual no habían logrado desterrarlo de la costumbre, sino todo lo contrario. Cualquier ocasión era buena para marcarse unos pasos, ya fuera en la ciudad o en el ámbito rural, en domicilios privados o en las calles y plazas de los pueblos. La estancia de Baretti en Madrid coincidió con el carnaval, acudiendo con sus amigos a los bailes que se hacían en el Teatro de los Caños del Peral, donde tuvo ocasión de ver "por encima de seiscientas personas bailando a un tiempo el fandango" tipo de danza de que dice ser "arrebataadora"⁷⁹. A pesar de que muchos testimonios extranjeros coinciden en la opinión censurable, Beckford cayó subyugado ante su ritmo y en la carta duodécima, sin fecha, describe una invitación que le había hecho un tal Pacheco para asistir a su casa a una velada con baile. Pacheco es portugués, tío de madame Arriaga, "la servidora más favorita y fiel de su fidelísima majestad". Cuenta el chasco que se llevó cuando, vestido de majo, irrumpe en la sala y se encuentra a todo el mundo vestido de etiqueta. Había elegido presentarse ataviado con un traje de majo, redecilla incluida, porque pensaba que así acudirían también otros invitados, sabiendo del gusto por este estilo de vestimenta, a la usanza popular, que últimamente, por esnobismo, habían adoptado algunos aristócratas españoles. Pasada la primera impresión, supo acomodarse entre el resto de invitados, participando de la velada, que discurría entre cantos y baile. Cuenta que se animó tanto al iniciarse el baile que no podía parar, hasta el punto de que Boccherini le lanzó la siguiente pregunta: "¿qué es lo que os pasa?, ¿Se ha apoderado el demonio de vuestra merced? ¿quién podría suponer que un inglés, todo un inglés, sería capaz de animar a estos bárbaros imposibles con tales absurdos? ... esto no es cambiar los acordes sino asesinarlos"⁸⁰. Realmente debía estar tan animado, bailando y cantando

⁷⁹ Joseph BERETTI, citado en Ian ROBERTSON, opus cit., p. 76.

⁸⁰ William BECKFORD, opus cit., Carta Duodécima, p. 115.

que uno de los presentes, aficionado al fandango, comentó lo siguiente: “Será posible que un hijo del norte frío pueda haber aprendido todos nuestros zapateados y brincos? El inglés escribe su propia conclusión: “declaré allí mismo y en voz alta que no hay más música que la española ni más baile que el español, ni salvación artística posible fuera del arte español y que, comparadas con tan arrebatadoras melodías y tan inspiradores movimientos, todo lo que ofrece el resto de Europa parece pesado e insípido”⁸¹. Más adelante expone que fue la Duquesa de Osuna quien le sacó del ridículo en que estaba quedando y le presentó a su madre, la Condesa de Benavente, que era una consumada jugadora de naipes; esa circunstancia le dio pie para hablar sobre la afición al juego que existía en España y cómo era uno de los pasatiempos favoritos de la gente cuando se reunía en una tertulia.

Moratín recoge en sus notas algunas apreciaciones sobre el uso del tiempo libre por parte de los ingleses, deteniéndose en citar entretenimientos y pasatiempos que también formaría parte de la sociabilidad pública. Le llama especialmente la atención el ambiente que se respiraba los domingos en Londres al estar cerradas tiendas y establecimientos públicos, lo que daba un aire triste y solitario a la ciudad. Nada que ver con el ambiente festivo que reinaba en España los numerosos días feriados, en que la gente se echaba a la calle buscando alguna diversión. Al final llegó a la conclusión de que los ingleses, frente al precepto tan duro de cumplir que se les ordena “no trabajes hoy, no te diviertas, no hagas nada”, habían decidido dedicar esos días a “murmurar, putear y emborracharse”⁸². Igualmente quedó sorprendido ante la costumbre de montar a caballo, tan extendida entre hombres y mujeres, y como alrededor de ello se ha montado toda una parafernalia en cuanto a vestimenta se refiere, parándose a describirla. A pesar de que constituye una costumbre que afecta a los dos sexos, a él le choca sobremanera, criticando a las mujeres que la practicaban, a las que recomendaba dedicarse a menesteres propio de su sensibilidad, timidez y delicadeza⁸³. Blanco White se fija en esta misma afición pero en la modalidad de las carreras, a las que considera motivo de sociabilidad y “ocasión de reuniones públicas, aunque ni tan inocentes, ni tan sosegadas como los bailes”⁸⁴.

⁸¹ *Ibidem*, p. 117.

⁸² Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN: *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, pp. 84-85.

⁸³ Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN: *Ibidem*, pp. 55-57.

⁸⁴ José M^a BLANCO WHITE: *Cartas de Inglaterra*. Carta IV, p. 72.

El tema de la libertad de expresión y de prensa, con la censura como contrapunto, está muy presente en estos viajeros, algunos de los cuales sufrió personalmente los efectos de la represión al ver secuestrados sus libros, y los avatares que tuvo que sufrir hasta que le fueron devueltos. Los británicos, acostumbrados a la libertad de expresión en que vivían, se lamentaban de que no existiera en España, culpando de dicha ausencia a los escasos progresos que, en materia de pensamiento podían realizarse y compadeciéndose de los obstáculos que impedían su progreso. Asimismo deploraban que sobre el conjunto de los españoles, independientemente de su grupo social, planeara el fantasma de la Inquisición con toda su maquinaria represiva, lo que explicaba el miedo con que se comportaban muchos de ellos cuando se trataban ciertos temas en su presencia. A menudo criticaron el rígido control sobre las ideas con que les tenía sometidos la iglesia, y el escaso margen de acción que les quedaba para favorecer el libre pensamiento. Lo expresa muy bien Clarke cuando se pregunta, con razón, "¿qué hubiera sido de la agudeza y bufonería del doctor Swift, de las elegantes observaciones de Mr. Addison, del fino humor de Sir Richard Steele, si su libre y desenvuelta inteligencia se hubiera visto encadenada como la de los españoles?" y, sobre todo, "¿dónde estarían los numerosos textos instructivos y placenteros que a diario brotan al socaire de esta libertad, en toda época, en el curso de tantas polémicas como sostenemos en torno a los temas de política, partidos, letras e incluso religión?"⁸⁵. Del otro lado, el peso de la tradición y el desconocimiento de vivir en libertad produjo en los españoles una cierta extrañeza ante el ambiente liberal inglés con que se encontraron. Antonio Ponz no podía menos que admirar la libertad de expresión que advirtió en la sociedad inglesa, como hemos podido comprobar en anteriores comentarios, aunque debía encontrarla un tanto exagerada porque parece molestarle "la impunidad de los que imprimen y graban libelos infamatorios y sátiras crueles con quienes atormentan a quien se les antoja" de los que llama "sectarios de la libertad", y situándose en la posición de los sabios se proclama partidario de poner límites a su uso a fin de proporcionar la mayor tranquilidad y seguridad al ciudadano⁸⁶.

A modo de conclusión.-

⁸⁵ Eduard CLARKE, citado por Ian ROBERTSON, opus cit., p. 42.

⁸⁶ Antonio PONZ, opus cit., p. 90.

La riqueza de la información suministrada por los relatos de viajes en el repaso que hemos realizado a lo largo de estas páginas evidencia la diversidad del universo cultural de los europeos en el siglo XVIII; es también una muestra de la variedad de agentes, instrumentos y manifestaciones culturales. Desde la perspectiva de estos observadores la imagen que sobre España proyectan los escritos de los viajeros británicos es absolutamente poliédrica, estando condicionada por la experiencia, la subjetividad y la personalidad del autor, y mediatizada por sus circunstancias. Los que vinieron con una postura crítica, queriendo huir de ideas preconcebidas, estuvieron más dispuestos a desmontar viejas creencias para poder hacerse una idea lo más cercana posible a la realidad, manteniéndose alerta, curiosos e inquisitivos durante toda su estancia. Los hubo menos críticos o más superficiales, que no pudieron o no quisieron ahondar en el carácter e idiosincrasia de los españoles y se volvieron a su tierra respaldando viejos clichés, independientemente de su realidad o falsedad. En la otra cara de la moneda, el análisis de los relatos de viajes realizados por españoles en tierras inglesas permite suscribir las mismas deducciones, a pesar de que la muestra tomada haya sido considerablemente menor. Aun así, es posible extraer algunas conclusiones. A pesar de que tanto unos como otros se debatieron entre una gama variada de reacciones, de sensaciones y de sentimientos, tuvieron un comportamiento muy parecido, si no igual, al hallarse en las mismas circunstancias. Británicos y españoles pudieron reconocerse a sí mismos en las costumbres y hábitos sociales del otro, encontrando más elementos de unión que de separación entre sus culturas, favoreciendo así la permeabilidad entre ellas. Por ambas partes tuvieron la capacidad de relativizar viejos tópicos y prejuicios sobre sus respectivas identidades constatando que todas las naciones adolecen de problemas y defectos pero que, también, todas son mejorables, rechazando así la supuesta jerarquización de las culturas.

Como muestra de lo que acabamos de decir veamos lo que escribió Leandro Fernández de Moratín nada más llegar a Londres:

“¡Pobre del extranjero que antes de llegar a Londres no haya aprendido el ejercicio de las ceremonias y modales ingleses! Si no se peina como ellos, si no toma el té como ellos, si no va vestido como ellos, si no come y bebe como ellos, es hombre perdido: antes de oírle una palabra, se le graduará de extranjero, que es decir, un bestia sin educación. Esta dulce satisfacción de que nada hay

bueno sino en Inglaterra les hace mirar todo lo que no es inglés con una caritativa compasión, que aturde; les hace decir tan clásicos disparates acerca de las otras naciones, y atreverse a preguntas tan necias y extravagantes, que no hay extranjero que pueda contener la risa al oírlas. Este ignorante orgullo, acompañado de las costumbres feroces que aún conservan, les da un aire de rusticidad, que ofende a la vista. Cualquiera que haya asistido a los espectáculos donde se reúne la juventud más decente de Londres, habrá observado en su fisonomía, acciones y movimientos, una grosería insultante, que dista mucho de la dulzura y urbanidad, que son hijas de la riqueza, el lujo y la buena educación. Todos ellos me parecen otros tantos carniceros o toreros puestos en limpio: tal era el aspecto rústico y amenazador con que se presentaban. ¿De dónde pueden nacer defectos tan notables, sino de la ignorancia, y la ridícula altanería y presunción que nace y vive con ellos?"⁸⁷.

Y, a continuación, las notas registradas por Towsend al abandonar España:

"Expresar ahora todo cuando siento al recuerdo de sus bondades parecería adulación; pero me atrevo, por lo menos, a decir que los rasgos más prominentes del carácter español son la llaneza, la sinceridad, el espíritu desprendido, un gran concepto de la dignidad y un firme sentido del honor. Dicho en dos palabras, lo que en ellos me he acostumbrado a admirar lo atribuyo a su propia valía y a sus buenas cualidades intrínsecas; lo que he criticado debe achacarse a las corrupciones fortuitas de su gobierno. Si se considera la semejanza de carácter entre las naciones española e inglesa, con la marcada predilección de la primera por la segunda, así como las peculiares necesidades de cada una y su mutua capacidad de satisfacerlas, no puedo por menos de lamentar, muy de veras, que no exista un mejor entendimiento entre ellas"⁸⁸.

⁸⁷ Leandro FERNANDEZ DE MORATIN, opus cit., Cuaderno I, Apunte XIX.

⁸⁸ Joseph TOWSEND, citado en José GARCÍA MERCADAL, opus cit., p. 1660 y en Ian ROBERTSON, opus cit., p. 155.